

Pulsiones y conciencia¹

Alberto Mestre, L.C.

Profesor de teología moral en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

El dinamismo afectivo, psicológico y moral de la persona recorre los niveles del apetito (pasiones), para ser sublimado por las virtudes teologales, especialmente por la virtud de la caridad. El amor humano, acto exquisito de la persona, amalgama de pasión y voluntad, de razón y de sensibilidad, es elevado y sublimado por la caridad.

A lo largo de la historia del pensamiento muchos autores han reflexionado y profundizado dicha temática desde distintas disciplinas, desde la filosofía, hasta la psicología, pasando por la ascética y la mística. Por ejemplo, San Juan De la Cruz lo analiza pormenorizadamente en el primer libro de su obra *Subida al monte Carmelo*, después de una explicación de la fe y demás virtudes teologales que elevan al hombre hacia Dios.

El objetivo, por lo tanto, de este ensayo es presentar la realidad de las pasiones, los instintos y la inteligencia, con referencia a la conciencia, y dejaremos para otro ensayo cómo las virtudes representan el modo adecuado y excelente de la sublimación de las pasiones, que por sí solas no pueden volar a las alturas a las que está llamado el ser humano.

Buscando una estructura para este artículo, partiremos de las "pulsiones", concepto que nos dirige hacia las pasiones. Las pulsiones son moderadas por el instinto en el animal, y por la inteligencia en el hombre, que lo gestiona de dos modos diversos. Sin embargo, el tema de las pulsiones (pasiones), posee diversas apreciaciones según sea el punto de vista desde el que se estudian. Aclarando estos puntos, será más fácil proponer la tesis de que son las virtudes quienes representan el modo adecuado y excelente de sublimar las pasiones.

La temática es extensa, compleja e intrincada. Cuando se habla de "pasiones", entendemos todos aquellos apetitos sensibles, que se reagrupan en el irascible y el concupiscible. Las pasiones suelen también dividirse en sentimientos y emociones, estas últimas difieren por una mayor intensidad y por lo tanto incluyen cambios

¹ El presente trabajo fue publicado en *Sacerdos* n. 151 (octubre-diciembre 2023), 11-16. Agradecemos a *Sacerdos* el permiso para reproducir este trabajo (Nota de redacción).

orgánicos, como llorar, gritar, sudar, el aumento del latido del corazón, temblor, etc. Estas dos iniciales distinciones necesitan ser completadas con un grupo de conceptos fundantes como lo son: pulsión, impulso, tendencia, inclinación y deseo. Todos estos conceptos son sinónimos de pasión pero guardan un matiz propio: pulsión e impulso incluyen un matiz de fuerza incontrolada, inconsciente y muy propio del animal; tendencia e inclinación, privilegia el aspecto de la atracción hacia un bien sensible, pero que no deja de tener en el hombre una relación también racional, dado que son tendencias de un ser inteligente; finalmente, el concepto 'deseo' proporciona un aspecto afectivo y, por lo tanto, tiene que ver con el amor, y éste como el acto principal de la voluntad.

1. Actividad y sistema pulsional humanos

Cuando hablamos de actividad, acto, acción, o palabras semejantes, solo encontramos estas realidades de modo pleno y auténtico en el ser humano. Solo a él le pertenece la verdadera actividad. En toda actividad existen límites, el tiempo y el espacio entre ellos; mientras el animal no puede, el hombre intenta disminuir dichos límites. Con respecto al tiempo es a través del recuerdo y la previsión que se realiza esta fuga. El animal, sin embargo, vive sumido en el presente, busca satisfacer todas sus necesidades de modo inmediato, si tiene sed buscará saciarla inmediatamente. El animal no tiene una expectativa de futuro, no realiza un proyecto de vida, no previene las dificultades que pueden surgir². El filósofo Hobbes llegará a decir «que la capacidad de anticipación temporal en el hombre es tan poderosa que el hambre futura despierta el hambre actual»³.

Son inmensas las posibilidades que el conocimiento del tiempo ofrece al ser humano, pero a su vez es fuente de inmensas preocupaciones. Cuando percibimos algo atrayente, agradable, surge en el ser humano un deseo como respuesta. El ser humano percibe deseos agradables de modo inmediato, otros deseos los vive ante lo difícil y lejano en el tiempo; al primero la filosofía clásica lo denominaba apetito concupiscible mientras al segundo, apetito irascible. Resultan dos maneras de percibir lo atrayente, y por este motivo descubrimos dos tipos de deseo. A lo largo de la historia del

² Cf. L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 290.

³ T. HOBBS, «*De homine*», en THOMAE HOBBS MALMESBURIENSIS, *Opera Philosophica quae latine scripsit omnia*, Ed. De W. Molesworth, II (Scientia, Aalen 1961), 10, 3: «*Etiame fame futura famelicus*».

pensamiento dichos deseos han recibido diversos nombres: impulsos, tendencias, inclinaciones, apetitos y también pulsiones.

Solo el ser humano es consciente de dichas tendencias, y de aquí que sea posible contenerlas y aplazarlas. Cuando los impulsos surgen de modo imprevisto el hombre puede dirigirlos, moderarlos y encauzarlos, y solo así pueden convertirse en, por así llamarlos, intereses duraderos. La posible contención de los impulsos en el hombre precisa en él que posea un conocimiento suficiente y objetivo de estos, lo cual permite que sean dominados y transformados. Se trata por lo tanto de una tarea de orientación y formación⁴. Sin embargo, si en vez de orientar y encauzarlos lo que se hace es entregarse indiscriminadamente a su goce, el ser humano quedará profundamente insatisfecho⁵, llevando a una degeneración pulsional, verificándose síntomas de dejadez, abandono y pusilanimidad ante la inmediatez de las situaciones, abandono de toda previsión, de modo especial en todo lo que hace referencia a la vida social, que con sus puntos de apoyo permite encauzar correctamente los impulsos.

Ciertas morales, de índole subjetivista, tienden a evitar todo encauzamiento de la vida pulsional, promoviendo la cesión de ésta a sí misma, cediendo a todo estímulo inmediato de comodidad, consumo, satisfacción y de disolución.

Únicamente a partir del conocimiento objetivo, de la contención y de la orientación de los impulsos inmediatos y momentáneos pueden crecer y formarse la actividad a largo plazo y los intereses duraderos. Solo así actúa el hombre de un modo propiamente humano y conforme a su naturaleza, que es la de un ser que, en razón de la experiencia vivida, de la inteligencia poseída y de las expectativas del tiempo planteadas, vive para afrontar el futuro⁶.

2. Instinto, inteligencia y tipos de conciencia

Es conocido el estudio realizado por el filósofo francés Bergson sobre el instinto. Ante los retos de la vida no solo existe la inteligencia, sino también una clase particular de acción y de conocimiento contrapuesto a aquella: el instinto. Inteligencia e instinto funcionan de diverso modo, mientras la primera media entre el conocimiento y la ejecución del acto, la segunda reacciona de for-

⁴ Cf. L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 291.

⁵ Cf. A. GEHLEN, *El hombre. Su naturaleza y lugar en el mundo*, Sígueme, Salamanca 1987, 414.

⁶ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 293.

ma inmediata, no existe mediación entre conocimiento y acción⁷. La inteligencia media, y esto significa que habiendo una distancia, existe posibilidad de elección, con el consiguiente riesgo de incertidumbre y vacilación, tan propio de la acción humana. El instinto, sin embargo, con su perfecta superposición entre percepción y ejecución, imprime una gran seguridad y firmeza. Según Bergson, esto se debe a que la inteligencia es consciente, mientras que el instinto es inconsciente⁸.

Pero antes de identificar en qué ser viviente colocar la inteligencia y el instinto, veamos en qué cuadro completo estamos situados con respecto a la vida en general. Clásicamente se distinguen tres formas generales de vida: vegetativa, animal y humana. Lo que les acomuna es la vida, un impulso particular, que Bergson llamará "vital", tan propio del ser viviente.

La diversificación en tres diferentes caminos como son la vida vegetativa, vida animal y vida humana –según este filósofo–, corresponde a tres modos diversos de conocimiento: torpor, instinto e inteligencia, y en los tres se le aplica una forma propia de conciencia. Si bien hay que aclarar que aquí conciencia no es sinónimo de inteligencia, para Bergson «son conciencia el torpor o adormecimiento de las plantas y el instinto animal»⁹. El motivo por el que toda vida posee conciencia viene de la idea de que existen dos elementos que están involucrados en el impulso vital: la memoria y el actuar sobre la materia. «Siendo la vida ante todo la tendencia de actuar sobre la materia bruta, ésta consiste en la ejecución de acciones. Pero la acción implica la representación; y la representación, la memoria. En definitiva, que no hay acción sin conocimiento (de algún tipo)»¹⁰.

El nombre que Bergson da a las formas de conciencia, en correspondencia a cada género de vida son: torpor, instinto e inteligencia. La vida vegetativa resulta una vida bloqueada y, por ello, con una conciencia incipiente anulada. Torpor hace referencia a un cierto adormilamiento. Aunque existe conciencia, a diferencia del mineral, la vida vegetal es una vida detenida, estática, fijada en el suelo, nutriéndose de las sustancias inorgánicas, tanto de la tierra como del aire. El mundo animal no puede nutrirse directamente de lo orgánico ni del aire, por lo que necesita moverse para encontrar alimento. Para ello requerirá de un sistema nervioso mucho más desarrollado, así como lo encontramos en las formas más evolu-

⁷ Cf. L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 152.

⁸ Cf. H. BERGSON, *L'évolution créatrice*, Alcan, Paris 1907.

⁹ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 153.

¹⁰ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 153.

cionadas. A su vez, movilidad tiene que ver con conciencia, en dos direcciones diversas. En una dirección, la conciencia orienta y dirige la locomoción, pero en otro sentido, es el movimiento el que mantiene dinámica la conciencia, sin que caiga en el torpor de la planta¹¹.

Llegamos por lo tanto a la conclusión de que todo ser vivo es capaz de actuar, y lo hace siempre sobre la materia básica, y los medios o caminos que utiliza son dos: el instinto y la inteligencia.

La inteligencia, nos explica la antropología cultural, es capaz de fabricar utensilios artificiales. De este modo podemos identificar rasgos de inteligencia en asentamientos donde se encuentran objetos como armas (hachas, lanzas, aunque muy rudimentarias), objetos de cocina (vasijas, contenedores, recipientes), etc. Pero en una forma más perfecta la inteligencia construye objetos artificiales capaces de producir otros utensilios. Una cosa es fabricar una vasija hecha de arcilla, otra es construir un torno que permite fabricar mejor la vasija de arcilla. Existen animales, en este caso no inteligentes, que también poseen instrumentos, pero a diferencia del hombre, estos forman parte del propio cuerpo, por lo que los denominaremos instrumentos orgánicos. Una posible definición de instinto sería precisamente, con respecto los instrumentos orgánicos, como un saber servirse de ellos¹², y en este sentido resultan una prolongación, o más exactamente, la realización del trabajo mismo de la estructura corporal del animal. No es indiferente saber que donde existe una división de vida social entre los individuos, poseyendo instintos diferentes, se observe a su vez una correspondiente diversificación de la estructura corpórea. Baste como ejemplo observar las abejas de un panal, en la que se encuentran las obreras, los zánganos y la abeja reina, todos ellas con una estructura corporal diferente.

En resumen, una distinción importante entre el instinto y la inteligencia consiste en que el primero posee la capacidad de usar los utensilios orgánicos que ya el animal posee, mientras la inteligencia construye y utiliza instrumentos artificiales. Esto no impide que el ser inteligente pueda también usar instrumentos orgánicos para ciertas acciones, así es posible rastrillar la tierra con las manos, romper una nuez con los dientes, etc., pero no por ello es el instinto quien orienta y dirige.

En definitiva, la incorporación de los instrumentos al propio organismo (instrumentos de los cuales el instinto es como la guía de uso) significa una especialización funcional que permite la reali-

¹¹ Cf. L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 154.

¹² Cf. L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 154.

zación de operaciones sumamente precisas, pero al mismo tiempo muy limitadas e invariables. Al contrario, el instrumento artificial, permaneciendo ajeno al cuerpo del ser inteligente, amplifica enormemente el radio de posibles conductas a realizar; y, además, siempre es modificable¹³.

Este es el motivo por el cual la superioridad de la inteligencia sobre el instinto surge tardíamente, cuando llegada a un alto nivel de desarrollo, logra fabricar utensilios que producen otros instrumentos. Estamos ante dos tipos diversos de actividad psíquica: el instinto en su limitada acción es eminente e inmediatamente eficaz, mientras la inteligencia, siempre incierta y titubeante, posee un alcance casi infinito en sus proyectos y conquistas.

La inteligencia está en desventaja al momento de las realizaciones concretas, sorprende su pobreza e inseguridad iniciales, pero esto no debe sorprender dada la infinidad de posibilidades posibles que es capaz de realizar, y de entre todas ellas debe elegir una. Son dos modos de modificar la materia, no solo diferentes, sino contrarios. Usan estrategias diversas, y adaptan su estructura orgánica a sus finalidades operativas, para satisfacer así las necesidades de su existencia.

Reflexionando sobre la estructura operativa interna de ambas capacidades, nos preguntamos en qué modo entran en relación acción y conocimiento. Sin duda alguna este aspecto resulta fundamental en la distinción entre instinto e inteligencia.

Hemos partido de la consideración que el instinto es inconsciente y la inteligencia consciente. Más adelante el filósofo Bergson afirma que toda forma de vida es consciente, pero sin querer decir con ello que es inteligente. Ahora investigamos en qué sentido podemos afirmar ambas cosas. Para este autor puede existir una conciencia nula y otra anulada, siendo esta última el caso del animal, en el que la representación está como tapada por la acción. Para poderlo entender mejor pensemos en esas acciones habituales y rutinarias, donde la conciencia resulta muy disminuida o incluso anulada. Representación y conocimiento (de algún tipo) existen ciertamente en el caso del instinto, y de ello es testigo la exactitud en los movimientos y en la ejecución de las acciones, pero es precisamente esto lo que nos muestra que la conciencia presente en el instinto es una conciencia anulada por la ejecución, lo que equivale realmente a decir que es inconsciente. «Hemos llegado así al momento crucial de la diferencia entre la inteligencia y el instinto

¹³ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 155.

que venimos buscando. La inteligencia está orientada hacia la conciencia; el instinto, hacia la inconsciencia»¹⁴.

El animal vive en un círculo muy estrecho, le ha estado dado el instrumento orgánico a manejar, también el modo cómo debe aplicarlo y finalmente el resultado que debe lograr. De este modo no existe mucho espacio a la elección y la inteligencia. Sin embargo, la inteligencia se encuentra entre el espacio consciente que media entre la acción realizada y la idea. Esto significa que la inteligencia se encuentra en una zona de incertidumbre y, por lo tanto, vulnerable y deficitaria, continuamente resolviendo dificultades, ingeniando instrumentos que alcancen sus objetivos¹⁵.

Antes de concluir este ensayo, presentemos otra característica distintiva de la inteligencia. Como ya hemos dicho, al ser una forma eminente de conciencia, es propio de la inteligencia tomar distancia de la realidad material de las cosas. Explicando todo esto en un lenguaje aristotélico podríamos decir que «la inteligencia es el conocimiento de una forma; mientras que el instinto, que es un conocimiento sin distancia de la acción ejecutiva misma (y por eso, inconsciente), es un conocimiento de una materia»¹⁶. Así como en general la vida sensitiva, el instinto alcanza la materialidad misma de las cosas, aferra las cosas, no especula sobre ellas, alcanza objetos en particular. Desde esta perspectiva parece superior a la inteligencia, porque es más firme y seguro, pero no se extiende a un número indefinido de objetos, sino que desciende a la materialidad de las cosas, a un número muy reducido de objetos particulares, es más, a solo un objeto, incluso a un solo aspecto.

La inteligencia, por su parte, es verdad, posee inicialmente un conocimiento exterior y vacío, pero es aquí donde precisamente se encuentra su fuerza, su incapacidad inicial le proporciona la posibilidad de acoger infinidad de objetos. En esto consiste la teoría de la abstracción y, a fin de cuentas, en esto consiste la espiritualidad del alma. «La infinidad de objetos que el conocimiento de las formas proporciona a la inteligencia tiene una incalculable superioridad sobre el modo de conocimiento material del instinto»¹⁷.

La regla que dirige el obrar de la inteligencia es contraria a la regla del instinto, son estrategias totalmente diferentes. Por todo lo dicho, está claro que no existe lugar para la virtud en el instinto, así como es esencial en la inteligencia. Pero de esta temática nos ocuparemos en un futuro ensayo.

¹⁴ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 158.

¹⁵ Cf. H. BERGSON, *La evolución creadora*, Espasa-Calpe, Madrid 1973, 135.

¹⁶ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 158.

¹⁷ L. PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, 159.

Concluycamos este ensayo con una célebre afirmación de Bergson: «Hay cosas que solo la inteligencia es capaz de buscar, pero que, por sí misma, no hallará jamás. Esas cosas solo las hallaría el instinto, pero éste nunca las buscará»¹⁸.

¹⁸ H. BERGSON, *La evolución creadora*, 141.